

La ausencia y la presencia, en tiempos de virtualidad y pandemia: “Nos tocó vivir juntos”

Filiación institucional:

Yolima Amado Sánchez¹

Directora del Programa de Especialización en Educación y Orientación Familiar del Instituto de Estudios en Familia

Resumen

El texto que se presenta a continuación es un ensayo de reflexión, que pretende situar algunos puntos de análisis y discusión respecto de algunas aristas vinculadas con la situación actual de las familias colombianas, en tiempos de pandemia. Incluye algunas anotaciones derivadas de un breve estudio exploratorio realizado al comienzo del año 2021, con 32 profesores adscritos a instituciones de educación básica de diferentes regiones del país, que se anudan con la relectura de varios artículos y publicaciones recientes, relacionadas con las modificaciones derivadas del uso de las redes sociales digitales y del subsiguiente cambio en las dinámicas familiares. El interés de este escrito reside en situar y proponer a los lectores diversas cuestiones propias de la modificación de los vínculos, que será necesario continuar indagando e investigando, en procura de reconocer, comprender y vislumbrar las transformaciones derivadas de la intersección entre pandemia, familia y educación.

Palabras clave: Familia, pandemia, virtualidad, sector urbano, sector rural, educación.

¹ E-mail:

yamados@unimonserate.edu.co

Abstract:

The text presented below is an essay for reflection, which aims to place some points of analysis and discussion regarding some aspects related to the current situation of Colombian families, in times of pandemic. It includes some annotations derived from a brief exploratory study carried out at the beginning of the year 2021, with 32 teachers assigned to basic education institutions in different regions of the country, which are linked with the rereading of several recent articles and publications, related to the modifications derived from the use of digital social networks and the subsequent change in family

dynamics. The interest of this writing resides in locating and proposing to the readers various issues related to the modification of the links, which will be necessary to continue investigating and investigating, in an attempt to recognize, understand and glimpse the transformations derived from the intersection between pandemic, family and education.

Keywords: Family, pandemic, virtuality, urban sector, rural sector, *education*.

A modo de introducción

Paul Ricoeur nos planteaba que, en estos tiempos, las narrativas tienen una descompensación, por así decirlo, pues propone que el tiempo no se mueve en una línea cronológica, sino lógica (2004) que causa que nuestra memoria de los sucesos esté fuertemente vinculada a las imágenes visuales y auditivas que quedan como huellas de las épocas; en esa misma perspectiva, podríamos afirmar que la temporalidad, la forma en que comprendemos los sucesos actuales y los relatos que intentan dar cuenta de lo que está ocurriendo en el planeta, en el marco de este aislamiento, así como las imágenes que se nos quedan en la retina, sufrieron una suerte de desacomodación, ya no son los momentos de las rutinas en contextos separados, ahora se nos mezclan, se desdibujan los límites otrora señalados. Incluso, los procesos de recordación o de reconocimiento de la temporalidad cotidiana se tornan difusos; cada uno de nosotros ha ido encontrando estrategias para asumir la “nueva normalidad”, una que, empero, no está reglada por las mismas normas, límites, restricciones y posibilidades para todas y todos.

Las peculiaridades de la realidad social y de la organización lógica de nuestra percepción del tiempo se vieron afectadas de diferentes formas en el globo, a partir del 11 de marzo del 2020, cuando el director de la Organización Mundial de la Salud, el doctor Tedros Adhanom Ghebreyesus anunció al mundo que la enfermedad ocasionada por el Covid -19 podía ser caracterizada como una pandemia. Las explicaciones que brindó y que fueron retransmitidas en directo por las diferentes redes sociales y medios masivos de comunicación invadieron en minutos el espectro. En nuestro país, paulatinamente habíamos ido escuchando y recibiendo información a cuenta gotas, acerca del brote que meses antes había surgido en una plaza de una provincia china, para la mayoría de nosotros desconocida hasta ese momento.

En las declaraciones del director de la OMS se hizo patente una cierta ambigüedad, pues quedamos situados entre la alarma y la esperanza, “Nunca antes habíamos visto una pandemia provocada por un coronavirus. Y nunca antes hemos visto una pandemia que pueda ser controlada, al mismo tiempo” (OPS, 2020). Por un lado, se nos informaba que aquel brote epidémico era novedoso y que tenía suficiente impacto para ser considerado como pandémico; por el otro, se hacía manifiesta la posibilidad de cierto control, de una intervención que auguraba que el impacto podría ser contenido, o al menos, que la afectación podía ser menguada, amén del avance en la ciencia médica y de los estudios epidemiológicos. Empero, al margen de tales circunstancias propias de la técnica médica y del control de enfermedades, algo más empezó a contagiarse.

Pocos minutos después de la declaración, las redes sociales y los *mass media* propagaron, replicaron, interpretaron y divulgaron las más variopintas noticias, reportes, imágenes y pronósticos. El boom de información que previamente había sido identificado por diversos investigadores y analistas, tras la llegada de las redes sociales digitales al comienzo del siglo XXI, que ya se había enseñorado en todos los continentes y regiones del planeta, mostró su máxima potencia. Los miles de millones de personas que hacemos uso de las diferentes plataformas tuvimos la oportunidad de ser saturados en cuestión de horas por material de diversa índole, desde audios de supuestos expertos que indicaban qué hacer para prevenir el contagio o qué remedios tradicionales podían servir para contrarrestar el virus, hasta videos que auguraban conspiraciones de los gobiernos, pasando por la avalancha de memes e infografías; los estados y entidades gubernamentales, así mismo, se aprestaron a tomar medidas en consonancia con las orientaciones de la OMS y a informar e indicar las precauciones que la ciudadanía en general debía asumir.

La cotidianidad de toda una especie se transformó; de un día para otro se restringió la movilidad, el contacto con los demás seres humanos, el acceso a bienes y servicios, las oportunidades de entretenimiento grupal, las dinámicas laborales y pedagógicas, entre otras facetas de la vida humana. La afirmación del carácter pandémico forzó a la mayoría de la población al confinamiento, y con esta, de repente confluyeron en una misma vivienda, en un mismo espacio vital, lo laboral, lo familiar, el entretenimiento, la salud, y lo social, en general. Nuestras cuatro paredes, extensas o cortas, rurales o urbanas fueron invadidas de repente por las posibilidades y limitaciones de nuestro ser, hacer, sentir y pensar. Y en estas mismas paredes un elemento empezó a dinamizar las relaciones con los otros y las otras, no sólo con aquellos que ocupan el mismo espacio llamado "hogar", sino con los vecinos, con los compañeros de trabajo, con los transeúntes. Las redes sociales, aquellas plataformas que previamente habían sido analizadas en términos de sus efectos en el vínculo social, ahora se convertían en las plataformas privilegiadas para el intercambio de información, de opiniones y datos de diversa índole, y que, como planteaba Gabriel Villacís, (2020), estudiante de la Maestría de Salud Pública de la Universidad San Francisco de Quito, ocasionaron junto al Covid-19 el sismo más grande que hasta ese momento había afrontado la humanidad.

Elementos para anudar a la discusión

La declaración de pandemia tuvo como efecto casi inmediato, en la mayoría de los países, la declaración de medidas de aislamiento, cuarentena y limitación de la libre circulación, y con ella, el número de usuarios de las redes sociales digitales aumentó en todo el planeta; según el informe Digital 2021 elaborado por Hootsuite y We are social, "Casi un 60% de la población mundial, 4.660 millones de personas, son usuarios de Internet, lo que supone un 7,3% más respecto a hace un año. Además, ahora hay 4.200 millones de usuarios de redes sociales, lo que representa un crecimiento interanual de más del 13% (490 millones de usuarios nuevos)" (Juste, 2021). Un aumento que además se justificó por la proliferación de la educación y el trabajo online, es decir, por la digitalización de las principales actividades productivas y de formación académica. Buena parte de la población se convirtió en usuaria digital frecuente, de ahí la relevancia e incidencia de las redes sociales en la inercia de la opinión común.

En el mismo informe de Digital 2021, para el mes de enero del año 2021, los datos reportados respecto de la población colombiana que más han de llamar nuestra atención son los siguientes:

Población total: 51.07 millones.

Conexiones de celulares: 60.83 millones; es decir, 119.1% respecto de la población del país.

Usuarios de Internet: 34.73 millones, es decir, un 68% de la población total.

Usuarios activos de redes sociales: 39 millones; un 76.4% respecto de la población del país.

Crecimiento de usuarios activos en redes sociales entre enero del 2020 y enero del 2021: 11.4%, es decir, más de 4 millones de nuevos usuarios.

Tiempo promedio diario de permanencia de usuarios en plataformas: 10 horas y 7 minutos en internet, 4 horas y 4 minutos viendo televisión; 3 horas y 45 minutos usando redes sociales; 1 hora y 44 minutos leyendo noticias desde medios físicos y digitales.

Porcentaje de usuarios que acceden a Internet a través de dispositivos móviles: 94.8%

En resumen, de acuerdo con el informe del mes de enero de 2021, no sólo aumentó drásticamente el número de usuarios en redes sociales, sino que el uso de dispositivos móviles se convirtió en el canal privilegiado para el acceso a internet, y con él, a la información divulgada por diversas plataformas que distribuyen contenido de diversa índole. Nos ha de llamar la atención que el tiempo promedio de consulta de noticias es mínimo, con relación al uso de redes sociales y plataformas. Ahora bien, respecto de la información de uso de las redes sociales digitales, vale la pena destacar que el umbral de edad que se reporta en el informe Digital 2021, se amplía para el intervalo entre los 16 a los 64 años, de acuerdo con la información suministrada por los mismos usuarios y por las plataformas; siendo Youtube la más visitada (un 95.7% de los usuarios afirmaron haber usado esa plataforma durante el mes de enero del año 2021); en segundo lugar, Facebook (por el 93.6%); Whatsapp en tercer lugar (90.7%), Instagram en el cuarto (82%), en quinto lugar, Messenger de Facebook (70.4%), y en sexto lugar, Twitter (59.2%); seguidas de Pinterest, Tik Tok, LinkedIn, Snapchat, Telegram, Twitch, Badoo, WeChat y Tumblr.

En medio de tal proliferación del uso de las redes sociales digitales y de la Internet en general, la pandemia causada por el Covid-19 adquirió matices inéditos, pues cada usuario tuvo la posibilidad de brindar testimonio, de divulgar sus reacciones, temores y opiniones en general, sobre la situación. Las subjetividades mediáticas que otrora querían divertirse en redes sociales, como lo analizaba Paula Sibilia en 2012, ahora pasaban de causar alarma por la pérdida del sentido de la información debido a su estatuto como espectadores del entretenimiento (p. 89), a causar inquietud y zozobra, por causa de la amenaza real a la salud pública. La existencia en las redes sociales digitales, la publicación de una imagen, noticia, video o frase, la organización de una videoconferencia con colegas, conocidos, amigos o incluso desconocidos, se convirtieron en formas de habitar la realidad, que se impusieron y masificaron como alternativas para garantizar el reconocimiento, o en palabras de Malvesí (2020), como formas de estar “ahí” con los demás, de hacerle frente al aislamiento.

Las agendas y formas de organización del tiempo, que más o menos habían logrado rutinizarse al ritmo de la lógica capitalista, distinguiendo los tiempos para el trabajo productivo y el consumo, así como para el encuentro con los otros y el sostenimiento del tejido social, se difuminaron en la práctica, especialmente para los habitantes de las urbes, para todos aquellos que debieron continuar sus rutinas, ahora de manera remota. Pues es preciso señalar que, en los sectores rurales, así como entre las poblaciones dedicadas a actividades técnicas y manuales, la transformación de su quehacer productivo no fue tan drástico, pues sus actividades cotidianas no eran susceptibles de ser digitalizadas o realizadas de forma *online*. Sin embargo, para unos y otros, para los habitantes de las ciudades y los campos, la afectación fue sustantiva, tanto de las restricciones derivadas de la pandemia, como de la ampliación del uso de las redes sociales digitales.

En diferentes escenarios sociales, días o semanas después de haber empezado el aislamiento empezaron a surgir como ingrediente adicional al malestar de la época, que parecía que “estuviésemos encerrados”, sin escapatoria, junto a nuestro, si me permiten llamarlo así, mundo interno y externo, sin posibilidad de entregar, delegar o posponer el encuentro con aquellos familiares con quienes ya convivíamos antes de la pandemia, pero que ahora parecían estar más presentes que nunca antes; a su vez, se denunciaba por diversos medios cómo se añoraban los encuentros con aquellos que estaban en otras coordenadas; con los familiares lejanos, con los compañeros de escuela y del trabajo, con los vecinos, es decir, con quienes hasta ese momento parecían no hacer parte del círculo social más cercano. En el primer caso, el del encuentro con los familiares con quienes se compartía la vivienda, nos evoca la noción de lo *Umheimlich*, que proponía Freud siguiendo a Schelling, que atañe a esa extrañeza de lo entrañable, ese encuentro perturbador con aquello familiar e íntimo que bien podría haberse quedado oculto o a distancia, pero que,

por cuenta del confinamiento, confluye y mueve nuestras cotidianidades previas, acercándonos a esos desconocidos con quienes compartimos el techo; a la vez que intentamos sostener por la vía digital el encuentro con otros a quienes extrañamos, o incluso, que por mantenerse lejos afectiva o físicamente, se convierten en entrañables.

Dicho de otro modo, nos enfrentamos a aquello que nos causa lo familiar cuando se une a su antónimo, lo inesperado y ajeno, por tanto, angustiante, poco concordante con el ideal del "hogar, dulce hogar". Una paradoja que, empero, ya reconocíamos en ese encuentro con los familiares, como nos invitaba a reconocer Yolanda López, en su libro. ¿Por qué se maltrata al más íntimo?; justamente por eso, porque es el más cercano, son nuestros cercanos quienes más nos afectan y a quienes más podemos afectar. De ahí que ni los más altos ideales o virtudes, las legislaciones y deontologías, hayan logrado estirpar o evitar las violencias y perturbaciones al interior de las familias, igual, tratamos, diría que la mayoría de nosotras y nosotros, de poner frente a nuestras narices los "deber ser" de cada época, y en esta, de aislamiento preventivo obligatorio, claramente –incluso las que provienen de la publicidad comercial o gubernamental– apuntan hacia la convivencia armónica, amorosa, tranquila y cuidadosa, pero tal propósito no tiene nada de sencillo, pues justamente el reto atañe a tener que vivir obligatoriamente con otros y otras, familiares, pero a la vez, extraños, desconocidos, cada quien con sus búsquedas y contradicciones, con sus expectativas, y con esta enorme dificultad para ser y dejar ser al otro, en sus diferencias.

En contraste, las redes sociales digitales parecer convertirse en una opción de escapatoria a la invasión, si se me permite expresarlo así, de los vínculos familiares; pero a la vez, como medio privilegiado para el flujo de información que, afectada por la situación de pandemia, se convierte en un amplificador de las vicisitudes de la opinión general. Podemos situar dos puntos de inflexión en esta vía. Al interior de las familias aumenta el consumo de información, bien sea por los medios de comunicación masiva tradicionales o por las redes sociales digitales, y la animosidad frente al riesgo de contagio o las medidas gubernamentales empieza a depender de las tendencias que de ellas se gesten, pues más precisamente de las últimas, de las redes, depende el curso de la agenda mediática, "basta con que un tema se viralice en redes, para que al siguiente día se convierta en el titular de los noticieros y en el tema para entrevistar a expertos" (Villacís, 2020), una que puede variar y varió en el caso de muchos países, incluido el nuestro, entre la banalización de la situación de riesgo o el temor generalizado (Factor, 2020).

Así mismo, no sólo la agenda mediática fluctúa al tenor de las tendencias y viralidad de las cuestiones que circulan por las redes sociales digitales, sino que, para lo que nos ocupa, las relaciones y dinámicas familiares quedaron sujetas a los movimientos de tal marea; las opiniones se dividían, algunos jóvenes pugnaban por salir del confinamiento, los adultos mayores y los niños resultaban obligados a acatar las medidas gubernamentales so pena de incurrir en una contravención, y los adultos, o bien se ocupaban de las actividades laborales en línea o debían encontrar alternativas para continuar garantizando los ingresos económicos básicos, sin importar los riesgos que esto causara. Los grupos poblacionales que permanecían en los hogares eran, principalmente aquellos a quienes se les suponía mayor riesgo de contagio pero que, a su vez, son quienes más frecuentemente dependían del cuidado de los adultos que se sumergían en Internet para cumplir su trabajo o salían a las calles a cumplir su función de proveeduría; y las redes sociales digitales ampliaban su circulación causando, incluso, discriminación, exclusión y agresión a la población de alto riesgo que se atrevía a salir, es decir, a los adultos mayores y a los niños, pero también, a los jóvenes que buscaban mantener a como diera lugar el contacto físico, rompiendo las restricciones impuestas por diversos organismos estatales y por las opiniones de los expertos que tomaban la palabra en uno u otro medio.

Paulatinamente la población en general desplegó y organizó un cierto saber sobre la pandemia, sostenida en diversas fuentes, desde investigaciones epidemiológicas con aval científico, pasando por notas periodísticas con profesionales autorizados en algún campo disciplinar autorizado, hasta memes o videos de la más diversa índole y sin autor identificable; al interior de las familias a su vez, se entretejían discusiones entre sus integrantes, las más de las veces, sostenidas en argumentaciones derivadas de los contenidos que circulaban por la red, y otras, formuladas a partir de experiencias personales propias o de personas allegadas; en cualquier caso, en el imaginario social la *doxa* operaba como saber científico y era esgrimido por la población en

general desde la convicción de su veracidad, de ahí que cada quien, en sus entornos familiares hacía las veces de experto epidemiológico, de vocero de las medidas gubernamentales o como investigador de las causas, factores y posibles soluciones a la pandemia, a partir del saber disponible.

Ahora bien, además de tales desencuentros argumentativos, en las familias, en los hogares, se instalaron ahora los derivados de la confluencia y convivencia permanente de diferentes generaciones, unos disensos que, fruto de la modernidad, ya estaban signados por el cambio en el lugar de los depositarios del saber y del estatuto del saber mismo. Junto a esta pandemia, nos sumergimos en la época del virtual-todo, y sobre las competencias y capacidades para sostener tal dinámica de presencia virtual, quienes parecieron imponerse con mayor solvencia fueron las nuevas generaciones, aquellos que en cierta medida ya estaban sumergidas en la red. Este fue el turno de sumergirse para los demás, incluso para quienes se habían resistido pues privilegiaban el encuentro de cuerpo presente, como atestigua el incremento del uso de la Internet y de los dispositivos móviles que mencionábamos previamente; pero el acceso y el uso, podemos suponer, cambia dependiendo de diversos factores, del nivel educativo, del tipo de ocupación, de la edad, del acceso efectivo y de los recursos disponibles para sostener el consumo, de la conectividad, entre otros, así mismo, es diferente el nivel de veracidad que se le asigna a la información que se divulga, comparte y circula, siendo más proclives a atribuirle de manera acrítica aquellos nuevos usuarios o quienes tienen un nivel socioeducativo escaso.

Por otra parte, ante las marejadas de información, reportajes, imágenes, noticias y datos de las más diversas fuentes, lo que cobra fuerza para muchos es el hartazgo. Lipovetsky ya nos advertía junto a Lyotard, desde los años ochenta del siglo pasado, que estos son tiempos de saturación, de amontonamiento y devaluación generalizada, de una cierta confusión que campea en cada esfera de la vida social, de caída de los grandes meta relatos o los estables ideales de una época; y tal circunstancia resultó agudizada por la aparente contradicción de los expertos que brindaban información en los diversos medios de comunicación y redes sociales digitales, pues en la premura por solucionar la situación o brindar respuestas a las inquietudes de la población en general, los artículos científicos empezaron a aparecer en diversas plataformas o publicaciones científicas e informales, y a circular en las redes sociales digitales y en la red de manera indistinta. En el buscador Google Scholar, por ejemplo, aparecen 114.000 artículos relacionados con el Covid-19, publicados entre 2019 y 2020, y 107.000 en lo corrido del año 2021 (con corte al 28 de mayo); en el buscador principal Google, con el término Covid-19, aparecen, a esa misma fecha, cerca de 5.460.000.000 resultados; y según los reportes estadísticos de Youtube, la plataforma más usada en el país, el número de videos publicados sobre Covid-19 en el último año, asciende a 840.000.000. Es fácil comprender entonces el nivel de confusión que nos acompaña, así mismo, si se desconocen estas estadísticas o si no se conoce siquiera la cantidad de publicaciones, cuyas fuentes son igualmente innumerables, presumir que la información que poseemos es verás o definitiva.

Reconocer las contradicciones derivadas de los avances científicos en la comprensión del virus y del fenómeno pandémico, de las noticias falsas o los contenidos bien y mal intencionados es una labor que parece ser de expertos, no obstante, en la cotidianidad de las relaciones, unos y otros tratamos de esclarecer cierto saber que nos permita acallar la demanda de información fiable que nos provea de alguna seguridad o control en medio de la situación; en contraste, “Desde el comienzo de la epidemia de la enfermedad del coronavirus 2019 (COVID-19), la desinformación se ha extendido sin inhibiciones a través de las redes sociales y tradicionales a un ritmo rápido” (Kouzy, Abi Jaoude, & Kraitem, 2020).

Ante este panorama, vale la pena preguntarnos acerca de los interrogantes, temores y certezas que, derivados de tal información, se suman a los saberes familiares, en su mayoría, como alternativa al temor desatado por la crisis global; y nuevamente, las redes sociales digitales son las depositarias de información errónea o no verificable que ahonda el miedo y profundiza las complejas dinámicas familiares ya afectadas por el aislamiento instaurado como medida de protección para la disminución del contagio, por ejemplo, la precarización de la situación socioeconómica, el aumento de la violencia doméstica, el deterioro de la calidad de la conducta parental, la paternidad interrumpida y el estrés emocional (Vargas, 2020), entre otras problemáticas.

De la mano del confinamiento, el imperativo de la época es el del distanciamiento físico, de ahí que cause añoranza el contacto directo con otros seres humanos, tanta que algunos incluso desestiman el riesgo y organizan fiestas, acuden a funerales, visitan a sus seres queridos, se escapan, quizá como alternativas para mantener cierto equilibrio emocional, pues podemos anticipar que la pandemia tendrá diversos efectos en la salud mental, varios de ellos relativamente anticipados a partir del estudio de las consecuencias psicosociales identificadas en situaciones similares. Por ejemplo, Ramírez, et al. (2021) plantean, “De por sí las personas que están aislamiento social, con movilidad restringida y pobre contacto con los demás son vulnerables a presentar complicaciones psiquiátricas que van desde síntomas aislados hasta el desarrollo de un trastorno mental como insomnio, ansiedad, depresión y trastorno por estrés postraumático”.

Como mencionamos previamente, a la situación actual que afrontan las familias se suma el influjo de las redes sociales digitales; son varios los estudios realizados hasta el momento, en los que estudios transversales estadísticos permiten derivar conclusiones, tales como: “La percepción de exageración y generación de miedo en la población fueron en mayor medida ocasionados por la televisión y las redes sociales” (Mejía, et al, 2020), pero además, reconocen que los remitentes de tal información que ahonda el temor y la incertidumbre frente a la situación actual son, principalmente familiares y amigos, a la vez que se desvirtuaba o devaluaba la información proporcionada por el sector salud.

Autores como Salaverría et al. (2020) indican incluso que “La divulgación de informaciones deliberadamente falsas se ha convertido en un problema sanitario” (p. 2), un fenómeno que no es propio de nuestro país, sino que ha sido identificado en diversas latitudes y que, por tanto, es preciso situar en perspectiva, pues los estragos son vividos en la cotidianidad de los vínculos, especialmente, al interior de las familias, ya que son sus integrantes quienes padecen la saturación y consumen los contenidos, modificando no sólo la percepción sobre el fenómeno, sino ahondando en las afectaciones subjetivas a los procesos comunicativos, a las emocionalidades y a las formas de organizar las dinámicas familiares, en la medida en que el aumento del uso amplía la incidencia de las tendencias, que se amplía en los medios masivos de comunicación.

Una encuesta entre usuarios de internet de seis países –Alemania, Argentina, Corea del Sur, España, Estados Unidos y Reino Unido (N=8.502)–, conducida entre marzo y abril de 2020 por el Reuters Institute for the Study of Journalism, detectó que en torno a un tercio de los encuestados afirmaba haber visto mucha o muchísima información falsa o engañosa en la última semana, sobre todo a través de las redes sociales y los sistemas de mensajería. (Salaverría et al. (2020) p.3)

Estamos entonces ante una disyuntiva, de un lado, el confinamiento y la consecuente modificación de las dinámicas familiares derivado de la situación pandémica, a la vez, la necesidad de encontrar información que permita atemperar la incertidumbre y construir algún tipo de certeza que reduzca los niveles de ansiedad y estrés concomitantes, también, el uso ampliado de las redes sociales digitales como alternativa al distanciamiento y a las restricciones de movilidad, que permite acercar a quienes están ausentes, y el tipo de contenidos que circulan, muchos de ellos, falsos, imprecisos y engañosos, que terminan por agudizar la afectación al vínculo. “La modalidad indiscutiblemente más frecuente es el engaño (64,4%), seguida a gran distancia por la descontextualización (17,1%) y la exageración (17,1%), y, con una presencia casi testimonial, por la broma (1,4%)” (Salaverría et al. (2020) p.10).

En este punto, vale la pena poner en perspectiva e interrogarnos, más allá de la ausencia de veracidad de la información que circula, acerca de la incidencia que pueden estar teniendo las redes digitales en las relaciones familiares, en estos tiempos de pandemia.

Breve acercamiento a modo de trabajo de campo

Con el interés de explorar la situación de las familias en diferentes regiones del país, durante los meses de enero y febrero del 2021 se compartió un formulario digital, con 10 preguntas abiertas y 2 de selección múltiple, que interrogaba a los participantes acerca de las transformaciones identificadas en las relacio-

nes familiares y personales por causa de la pandemia, y del lugar que las redes sociales digitales estaban cumpliendo en la cotidianidad de sus integrantes. El formulario fue compartido a profesoras y profesores de educación básica, vinculados a instituciones educativas urbanas y rurales de diferentes regiones del país. Por tratarse de una iniciativa exploratoria, la convocatoria fue compartida justamente por la red social Whatsapp, en diferentes grupos de usuarios, como una invitación a comentar sus experiencias y los análisis generados durante los casi 9 meses de confinamiento.

El instrumento fue diligenciado por 32 profesores y profesoras, 22 vinculados a instituciones educativas de educación básica y media ubicadas en el sector urbano (11 en la ciudad de Bogotá, 6 en Medellín, 3 en Cali, 1 en Cartagena, 1 en Ibagué y 1 en Santa Marta), y 10 vinculados a instituciones de educación básica y media ubicadas en el sector rural (5 en el departamento de Cundinamarca, 3 en Antioquia, 1 en Bolívar, 1 en el Valle del Cauca). De los 32 participantes en el estudio exploratorio, 26 son mujeres y 6 hombres, con edades comprendidas entre los 28 y los 41 años; 27 tienen hijos y de estos, 24 conviven con su pareja conyugal. Por otra parte, 10 están vinculados como profesores en instituciones públicas y privadas de educación inicial, es decir, en el nivel Preescolar, 9 en el nivel de educación básica y 3 en el nivel de educación media.

A los participantes se les indicó contestar el formulario teniendo en cuenta su experiencia personal durante la pandemia, así como las situaciones identificadas en cumplimiento de su labor formativa con niños, niñas y adolescentes, a partir del mes de marzo del año 2020.

A continuación, se incluyen algunas de las respuestas obtenidas que resultaron más relevantes, atendiendo a los elementos previamente enunciados; se pretende, entonces, situar caminos, temáticas o cuestiones sobre las cuáles quizá valga la pena reflexionar a profundidad en investigaciones futuras, pero que se esbozan en este momento, dado el interés de este artículo en términos de actualidad y de las inquietudes generadas en la autora del texto.

Para empezar, teniendo en cuenta el carácter del ejercicio, resultó significativo el nivel de participación, superior al esperado, pero más significativo aún, la tendencia discursiva sostenida en la mayoría de las respuestas obtenidas entre los participantes del sector urbano, en contraste con las del sector rural, a saber, elaboraciones principalmente auto reflexivas y que parecían incorporar cierto descontento o contento generalizado, respecto de la situación laboral y personal.

Enunciados tales como: “siento que ya no tengo ganas de trabajar”, “me siento abrumada porque el trabajo aumentó mucho y eso los padres de familia no lo entienden”, “ahora nos toca estar conectados 24/7, no sólo para los padres, sino para los directivos”, “ya no tengo tiempo para nada”, “me siento cansada pero a la vez siento que no avanzo lo suficiente, ni en la casa ni en el trabajo”, “esta pandemia me tiene enfermo, pero no de Covid, sino de estrés y cansancio”, “así no se puede seguir”, entre otros enunciados, planteados por las y los profesores vinculados al sector urbano, dieron cuenta de un descontento casi generalizado, matizado por la saturación, el estrés y la ansiedad, que contrastó con el contenido de la mayoría de respuestas (8) de profesores y profesoras vinculados a instituciones educativas del sector rural, quienes plantearon enunciados tales como: “ha sido más fácil, porque uno envía las guías al comienzo de la semana, las recibe al final y tiene más tiempo para revisar”, “que ya no tenga que ir al colegio me deja más tiempo libre, pero aumentaron las reuniones citadas por el rector del colegio”, “la ventaja que tengo es que aquí en la vereda nos podemos desplazar por el campo, ir al río, entonces uno no está tan estresado”.

Sin ánimo de generalizar la situación y las variaciones en la dinámica cotidiana de las personas, los profesores o las familias relacionadas, pues el alcance de la exploración es mínimo, resultó significativa la diferencia de las elaboraciones entre los participantes que trabajan y viven en los sectores urbanos y los rurales; de un lado, la experiencia insatisfactoria, la percepción de aumento de las responsabilidades, desdibujamiento del límite entre los tiempos laborales y los personales, la afectación a la estabilidad emocional concomitante con el cansancio y cierto hartazgo vinculado al aislamiento, y la situación de riesgo propia del temor de contagio, manifiesta en la mayoría de quienes habitan y trabajan en las ciudades (20 de las personas que diligenciaron el formulario). Por el otro, las y los profesores vinculados a instituciones

rurales, mencionaron cierta flexibilización de las responsabilidades, la recuperación de tiempo libre, y las ventajas de habitar en espacios abiertos no afectados por las restricciones del confinamiento, en términos de cierta mejoría en la salud emocional. Sin embargo, los dos grupos mencionaron como tendencia, la comunicación frecuente por la aplicación de mensajería instantánea Whatsapp, con padres y madres de familia.

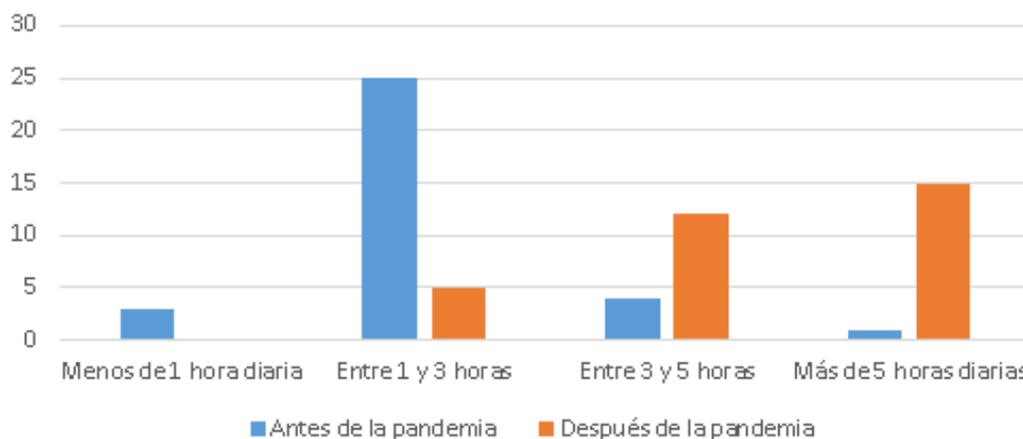
Sobre este último aspecto, para la totalidad de participantes, este medio se convirtió en el privilegiado para sostener comunicación con estudiantes, padres y madres de familia, directivos de las instituciones de educación básica, y con sus propios familiares. Sobre la estimación de aumento del uso de la aplicación, posterior al mes de marzo del 2020, las respuestas obtenidas fueron:

Antes de la pandemia, ¿cuántas horas en promedio usaba Whatsapp?	
Menos de 1 hora diaria	Entre 1 y 3 horas
3	25
9,37%	78,12%
Entre 3 y 5 horas	Más de 5 horas diarias
4	1
12,5%	3,12%

Tras empezar la pandemia, ¿cuántas horas en promedio cree que usa Whatsapp?	
Menos de 1 hora diaria	Entre 1 y 3 horas
0	5
0%	15,62%
Entre 3 y 5 horas	Más de 5 horas diarias
12	15
37,5%	46,87%

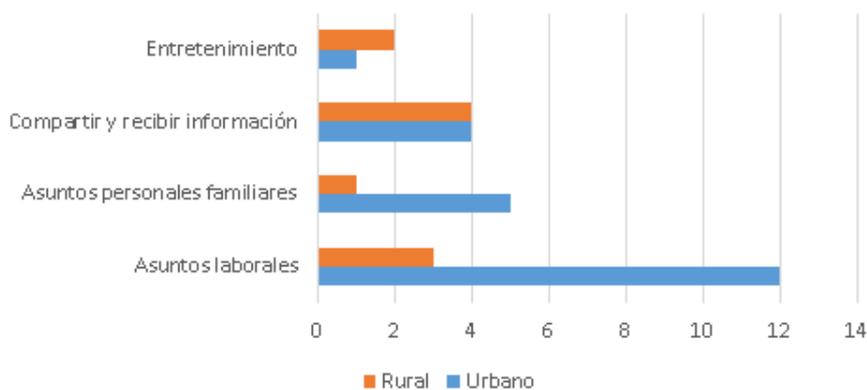
En términos comparativos, en la gráfica a continuación se ilustra mejor la flucturación del tiempo estimado de uso de la aplicación:

Variación de uso de Whatsapp



Es notorio el aumento del uso, tal y como establecieron varios de los autores y estudios previamente citados, pues pasó de un uso más frecuente diario entre 1 y 3 horas, por parte de la mayoría del grupo participante, a más de 5 horas diarias (un aumento superior al 200%); vinculado principalmente con tres actividades: apoyo al ejercicio laboral, tanto para establecer comunicación con padres y madres de familia, como con estudiantes y directivos de las instituciones; soporte del contacto con familiares, amigos y conocidos; y para recibir y enviar información vinculada con la situación social global y local. En este sentido, no hubo diferencias relevantes entre el grupo participante urbano y rural; sin embargo, si se identificó una distribución diferencial respecto de la priorización del tiempo de uso de la aplicación:

De su tiempo de uso de Whatsapp, ¿A cuál ha dedicado mayor tiempo ?



Mientras la mayoría de participantes del sector urbano utilizaron la aplicación para asuntos laborales, la mayoría de participantes del sector rural mencionaron que la utilizaban más frecuentemente para compartir y recibir información sobre la situación de pandemia, en términos globales y locales; es decir que, en el primer caso, el aumento del uso tuvo que ver con la modificación de la modalidad de los procesos educativos, de presencial a remoto, para las y los profesores de las ciudades, mientras que en el caso de los habitantes de los sectores rurales, aumentó el uso para mantenerse al tanto de la situación social.

Podríamos plantear que tal distinción se relaciona con las particularidades de los contextos, de modo que se sostuvo la prevalencia de uso del tiempo en actividades laborales, con sus horarios de trabajo extensos y mayor nivel de supervisión entre empleado y empleador, propias de la dinámica de las ciudades; con relación al disfrute del tiempo libre, los horarios laborales flexibles y la distancia entre las instituciones y sus trabajadores, que matizan las lógicas propias de los sectores rurales caracterizados por una menor densidad poblacional, a pesar, por supuesto, de la disminución de índices asociados a asuntos como: “el porcentaje de la población económicamente activa ocupada en la agricultura, la disponibilidad general de

electricidad y/o agua entubada dentro de la vivienda y la facilidad de acceso a atención médica, escuelas e instalaciones recreativas" (ONU Habitat, 2019).

También ha de llamarnos la atención el uso extendido de la aplicación en los sectores rurales, como canal para recibir y remitir información relacionada con la situación de pandemia, una utilización que, como sabemos, implica el riesgo de la multiplicación de noticias falsas; un riesgo que se acentúa si reconocemos el lugar que las y los profesores tienen, como garantes del saber, ante las comunidades. Dicho de otra forma, es inquietante que para aquellos que habitan en los contextos rurales en calidad de educadores y por tanto, reconocidos como profesionales con alto nivel de reconocimiento, este sea el medio privilegiado para recopilar información sobre la situación actual o para generar opiniones y acciones de protección, si tenemos en cuenta las alertas señaladas respecto al mayor nivel de propagación de noticias falsas en esta aplicación.

Siguiendo la lectura de la gráfica, en segundo lugar de importancia, para los participantes del sector urbano, se ubicó el uso de la aplicación para asuntos personales, y de asuntos laborales para los del sector rural; en tercero, compartir y recibir información fue prioridad de las y los profesores de las ciudades, y como medio de entretenimiento para las y los profesores de las veredas y los campos. Y con menor tiempo de dedicación, para el entretenimiento en el caso del sector urbano, y para asuntos personales por parte del sector rural. Sobre el particular, para los participantes del sector urbano pareció que el uso se priorizó en orden descendente, desde lo laboral a lo personal familiar, al flujo de información y finalmente, a actividades propias del entretenimiento; mientras que, para los del sector rural la distribución de la dedicación fue desde compartir y recibir información, a lo laboral, pasando al entretenimiento y lo familiar en último lugar, posiblemente, en razón de la organización del uso del tiempo en cada contexto.

Ahora bien, sobre la modificación de los vínculos derivados de la situación de pandemia, los participantes en la exploración mencionaron algunos aspectos que vale la pena destacar a partir de sus propias voces. En primera instancia, el reconocimiento de la indistinción y el desdibujamiento de los límites entre las diferentes esferas de la vida social, aunada a la convivencia permanente propia del confinamiento, con alusiones al particular malestar fruto de la saturación: "Ahora, nosotros y las familias de los estudiantes estamos obligados a vivir todo el tiempo juntos", "Desde que empezó la pandemia ya no hay tiempo para pasar en familia, aunque vivamos bajo el mismo techo", "Es difícil, porque en la casa ocurre todo: el trabajo, la familia, el descanso, el ocio", "Es desgastante, nunca estamos solos, ni los profesores ni los estudiantes, en las clases participa todo el mundo y eso es, a la vez, bueno y malo, porque hay muchas interrupciones". Sobre el particular, la transformación relacionadas con la convivencia permanente fue identificada en todos los casos, tanto en el sector urbano como en el rural, explicitada en la forma de un imperativo "nos tocó vivir juntos". Las cuarentenas, el confinamiento y el aislamiento social, como medidas preventivas asumidas por las autoridades gubernamentales nacionales, departamentales y municipales para disminuir el índice del contagio, tuvieron como efecto inmediato la convivencia bajo el mismo techo, y con ella, la generación de sensaciones y percepciones inéditas sobre los otros familiares, sobre aquellos con quienes antes se convivía alternadamente, antes de la pandemia, pero que ahora parecían invadir los espacios y tiempos individuales y privados.

Si bien los participantes destacaron como favorable la posibilidad de compartir mayor tiempo con sus familiares, cónyuges, padres, madres, hijos e hijas, así como la realización de actividades con el grupo familiar que antes no era posible, y la generación de espacios de diálogo y reconocimiento, mencionaron también el aumento de los conflictos, de la inequidad de género respecto de las labores del cuidado y la sobrecarga femenina en las labores domésticas, e incluso, la identificación de situaciones de violencia intrafamiliar, situada esta última no entre sus grupos familiares, sino entre los de sus estudiantes. En varias respuestas, tanto relacionadas con las percepciones de las y los profesores, como de las situaciones identificadas durante las jornadas de educación remota con los grupos de estudiantes, mencionaron cierta afectación, acudiendo a nociones propias de la salud mental, aludiendo que la pandemia estaba causando aumento del estrés, de la ansiedad o de la depresión. Una comprensión que, bien sabemos, ha sido temática de análisis o asunto frecuente en diversos artículos de prensa, publicaciones en revistas científicas,

infografías, videos, entrevistas, memes y publicaciones de la más diversa índole, que seguramente se validan en las experiencias personales de todos aquellos que habitamos estos tiempos.

Sobre el particular, investigadores tales como el médico psiquiatra peruano, Jeff Huarcaya-Victoria, desde la mitad del año 2020 avisaba y prevenía a las comunidades médicas y a la población en general, acerca de tales afectaciones, en asocio a la situación pandémica: “En cualquier emergencia sanitaria los problemas de salud mental son comunes y pueden ser barreras para las intervenciones médicas y de salud mental. De acuerdo con la evidencia revisada, se ha demostrado que durante la fase inicial de la pandemia de COVID-19 fue común la presencia de ansiedad, depresión y reacción al estrés en la población general” (2020). Sobre los estragos que se derivarán de esta situación, de las afectaciones a la salud mental que están aconteciendo y de las múltiples variables que confluyen, así como de la sintomatología que a largo plazo aparecerá en el panorama de las patologías mentales y físicas, es insustancial lo que podemos anotar aquí, salvo que, dada la imbricación de transformaciones en diversas esferas de la vida humana, individual y social, es plausible suponer que la afectación será amplia y compleja.

Por otra parte, la confluencia bajo el mismo techo, de la disminución de los ingresos económicos, del restringido acceso a dispositivos móviles y conectividad permanente, de la diversificación de las actividades laborales y las domésticas no remuneradas, así como de la restricción virtualización de los espacios de socialización y entretenimiento, parecen generar las condiciones básicas para causar cierto trastocamiento de los procesos educativos, que implica complicaciones en el ejercicio laboral de los educadores, así como en la percepción de disminución de la calidad de los procesos educativos que les atañen. Algunos participantes mencionaban su preocupación por la modificación del tiempo dedicado a los procesos de formación, por el aumento del consumo de contenidos en las redes sociales, por la escasa conectividad de algunos de sus estudiantes, por el cambio del tipo de acompañamiento corresponsable de las familias a los estudiantes, e incluso, por la alteración de su propia disposición para el desarrollo de las actividades docentes: “me siento cansada y sé que no siempre doy las clases como lo hacía antes”, “creo que los estudiantes ya no dedican el mismo tiempo ni se concentran en las tareas y trabajos”, “la verdad creo que las guías no son suficientes, mis estudiantes son pequeños y necesitan encontrarse con sus compañeros, eso hace parte del aprendizaje”; una circunstancia que ya ha sido mencionada por parte de varios investigadores que se han ocupado, durante el último año, en acercarse a la cuestión. Por ejemplo, Narváez y Yepes (2020), destacan en su reflexión la preocupación respecto de la alteración, o mejor, disminución, de la calidad de los procesos educativos, “Es difícil, llegado a este punto, que se espere que todos los estudiantes alcancen con satisfacción los estándares básicos de competencias planteados por el Ministerio de Educación Nacional, pues las condiciones socioeconómicas con las que cuentan limitan alcanzar los objetivos propuestos” (p.15).

Sobre esta cuestión, consideramos que aún es muy pronto para plantear algún tipo de conclusión, pues será en el mediano y largo plazo que se identificarán posibles fluctuaciones en los resultados de los procesos de enseñanza aprendizaje, por el momento, parece prevalecer la intuición de una afectación negativa derivada de la ausencia de espacios de socialización directa, entre otros factores concomitantes con la virtualización de los vínculos y de la educación como tal. También sitúan su propia afectación, o mejor, la alteración a su salud mental, como un factor que puede estar perturbando su quehacer docente, lo cual, unido a la inestabilidad de la conectividad y el acceso de los estudiantes a la red, probablemente disminuiría la calidad de los procesos educativos.

En contrapunto, el aumento del tiempo de permanencia en las redes sociales, tanto por parte de los profesores como de sus estudiantes, así como el uso vinculado al entretenimiento y la adquisición de información ha de llamarnos la atención, pues, la realidad experimentada como una gran vitrina, en la que la cotidianidad se exhibe y se construye, acentúa la modificación del tipo de vínculo social que establecemos. “Tras empezar la pandemia me he dado cuenta que publico muchas más cosas de mi cotidianidad, lo que como, lo que hago, todo”, “los estudiantes cuentan en sus estados de Whatsapp todo lo que hacen”, “Últimamente prefiero revisar las redes sociales para enterarme de lo que pasa, es más rápido y me evita ver los noticieros”, “Desde que empezó la pandemia vivo conectada y parece que lo mismo le pasa a mis

estudiantes". El distanciamiento social parece haber sido compensado con la conexión digital, pero en el proceso se transformó también el consumo de información, uno que, como mencionamos antes, se vio plagado de bulos e información falsa que, en algunos casos, sirvió al propósito de mantener la sensación de control o seguridad respecto de la situación, pues se escamoteó la necesidad de mayor indagación o verificación; "La falsa sensación de seguridad también puede ser promovida por las noticias falsas sobre nuevos medicamentos o prácticas que aseguran prevenir la infección o curar el coronavirus. [...] Los creadores de contenido falso tienen al miedo como su principal aliado, ya que miles de personas comparten este contenido sin ningún juicio o investigación previa" (USFQ, 2020).

El flujo de información falsa por las diversas redes sociales ya era considerado como un problema social sobre el cual debían surgir diversa índole de regulaciones, tanto por parte de los operadores y administradores de contenido de las redes y aplicaciones digitales, como de los gobiernos nacionales y locales, pero tal situación se agudizó tras la declaración de pandemia. Algunos autores y analistas se refirieron a la situación como una "infodemia", de modo que, para contrarrestar tal proliferación, en las mismas redes sociales de las diferentes entidades gubernamentales se empezaron a generar contenidos explicativos o indicaciones explícitas sobre la veracidad de las publicaciones. Por ejemplo, en la plataforma gubernamental destinada al seguimiento y actualización de información oficial sobre la situación de pandemia en el país, se habilitó desde el mes de marzo del 2020 un espacio virtual dedicado exclusivamente a desmentir publicaciones y noticias falsas²; en esta plataforma digital, además de brindar indicaciones relacionadas con el proceso de verificación de información, así como el requerido para el reporte de una noticia falsa a las autoridades gubernamentales, se incluye un sinnúmero de notas y trinos identificando tales contenidos erróneos; empero, tal estrategia así como la de otros canales y medios de comunicación oficiales parece escasa, pues el número y la velocidad de circulación de las noticias falsas, como mencionamos previamente, excede la disposición de verificación del material recibido por parte de los usuarios.

Por otra parte, en términos de las dinámicas familiares es claro que el cambio de la cotidianidad ha tenido diversos impactos entre los integrantes de las familias, en particular, para los niños, niñas y adolescentes. "Siento que tanto mis hijos como mis estudiantes han salido perdiendo más, los adultos nos adaptamos, pero ellos necesitan encontrarse con sus pares", "Algunos de mis estudiantes, al comienzo, tuvieron que empezar a ocuparse de ayudar a sus padres en las parcelas y el tiempo de dedicación al colegio disminuyó", "Los muchachos están encerrados pasando necesidades"; la pandemia ha agudizado problemáticas sociales y económicas que quizá antes ya ocurrían al interior de las familias, pero ahora se hacen mucho más evidentes, pues se ven a través de las pantallas. Quizá, como nunca antes, las y los profesores pueden observar los tipos de vínculos familiares de sus estudiantes, las prácticas de padres, madres y cuidadores en términos de la corresponsabilidad en los procesos educativos, las condiciones socioeconómicas y prácticas de crianza, entre otras cuestiones que previamente no se hacían visibles, pues la lógica del aula regular presencial permitía cierta escisión de los contextos sociales, una que actualmente se revela en la escuela remota. En los resultados de la encuesta de UNICEF, publicados en abril del año 2020, ya se anunciaba que, "Las niñas y niños son las víctimas ocultas del coronavirus. La pandemia del COVID-19 y las medidas tomadas por el gobierno para disminuir su propagación han alterado la vida de los hogares con niñas, niños y adolescentes y han generado cambios en los hábitos y rutinas de las personas" (UNICEF, 2020, p.6), y tales cambios, de acuerdo con las reflexiones anticipadas por esta agencia, serían multidimensionales, tendrían impacto no sólo en los procesos educativos, sino en los relacionales, nutricionales, recreacionales, de protección y acompañamiento familiar, aunados a una afectación directa en la salud física y mental, que, en países como el nuestro, se intensifican para el caso de las familias que previamente o en razón de la pandemia, afrontan los estragos de la situación de pobreza.

Las aulas virtuales resultaron ser, a su vez, ventanas abiertas a la cotidianidad de las familias, no sólo de las de los estudiantes, sino las de los profesores; las peculiaridades de tal intercambio se han convertido

² La página web en mención es: <https://coronaviruscolombia.gov.co/Covid19/noticias-falsas.html>

a su vez en material que circula, ya sea a modo de denuncia, exaltación o incluso de burla, por las redes sociales digitales. Entre los participantes se destacó la preocupación y la sorpresa ante tal develamiento, es decir, los efectos del encuentro con esas realidades sociales previamente desconocidas o desvinculadas en la práctica, de la cotidianidad de las aulas; podríamos afirmar que la situación de pandemia amplió el campo visual de los profesores y de los estudiantes, pues las cotidianidades familiares entraron al aula, quizá, humanizando los vínculos, a pesar de los conflictos ocasionados por esta misma razón.

Para no concluir

Inexorablemente, estos son tiempos de subjetividades moldeadas por el capitalismo, por las imágenes, por la información y desinformación que circula, subjetividades que imponen la exigencia de incorporar el individualismo y el consumo, a expensas de la solidaridad y la responsabilidad estatal, como proponía más recientemente Maurizio Lazzarato. A su vez, esta es la época de la privacidad exhibida y de las identidades que se hacen externas a voluntad, subvirtiendo y desdibujando los márgenes de lo íntimo y lo público, como nos sugiere Paula Sibilía. Frente a lo que está ocurriendo, los análisis posibles son coyunturales, incompletos, fragmentarios y sostenidos en mayor o menor medida por las propias experiencias, así como las de nuestras personas cercanas, en contraste con la abundante producción científica, periodística, gubernamental y anónima que circula en la gran red. Empero, la cuestión que quizá aún no dimensionamos, son los efectos globales de la transformación del espacio y la temporalidad de esa dinámica entre la presencia y la ausencia de los otros y las otras, asunto sobre el cuál, estando inmersos como estamos, poco podemos vislumbrar, más que por lo que cada quien logra escamotear, en sus diversos encuentros y desencuentros.

A medida que pasa el tiempo se van organizando los análisis y las preguntas, a su vez, los matices y las particularidades derivadas de la novedad de la pandemia se desdibujan habida cuenta de la multiplicación exponencial de información al respecto, las realidades particulares se subsumen en las generalizaciones que sostienen diversas reflexiones acerca de lo que está ocurriendo, y en esta dinámica, las personas enfrentan no sólo las diferencias socioeconómicas que tenían antes de la pandemia, sino que ahora hacen frente a los estragos de la situación de emergencia sanitaria, la precarización de las condiciones de vida, el desdibujamiento de los contextos laborales y familiares, entre otras circunstancias que profundizan los riesgos a la salud física y mental, en general.

En las familias y en los procesos educativos las medidas asumidas por los gobiernos e implementadas para contener el contagio han causado movimientos y transformaciones de diversa índole, cuyo alcance aún no logramos vislumbrar en su complejidad, a pesar de estar presenciando sus efectos en la cotidianidad, el más visible de todos, la incorporación y agudización de la dependencia de las redes sociales digitales y de sus contenidos, como insumos para el perfilamiento de la opinión pública, bien sea en razón del creciente flujo de información, o de su utilización como fuente por parte de los medios masivos de comunicación, con los inconvenientes que acarrea, ya sea en términos de la saciedad derivada de la repetición y el incremento de acceso, como de la confusión causada por los diversos mensajes que van y vienen de manera simultánea, verificados o no, verídicos o falsos, en convivencia permanente; de modo tal que a lo sumo podríamos indicar, en estos tiempos, que tanto al interior de las familias “nos tocó vivir juntos”, como a las familias en las aulas; familias, educación y virtualidad, presencia y ausencia hacen parte del escenario de las redes y de las clases y, según afirman algunos, en adelante, de manera indisoluble de la mano de la “nueva normalidad”.

En tal océano, a las aguas que circulan por las redes y a los humanos que en ellas navegan, junto a sus familias, así como a las lógicas de la temporalidad trastocada y del aprendizaje virtual, parece que, a partir de marzo del 2020, a unos y otros “nos tocó vivir juntos”.

Referencias Bibliográficas

- Alvino, C., (12 de abril de 2021), Estadísticas de la situación digital en Colombia en el 2020-2021, [Artículo]. Recuperado de: <https://branch.com.co/marketing-digital/estadisticas-de-la-situacion-digital-de-colombia-en-el-2020-2021/>
- Cordera, R., & Provencio, E., [Coords] (2020), Cambiar el rumbo: El desarrollo tras la pandemia, Universidad Nacional Autónoma de México, Grupo Nuevo Curso de Desarrollo, Programa Universitario de Estudios de Desarrollo, México. Recuperado de: http://nuevocursodedesarrollo.unam.mx/docs/GNCD_Cambiarelrumbo.pdf#page=112
- Juste, M., (10 de febrero de 2021), La pandemia dispara el uso de las redes sociales, un 27% más que hace un año, [Artículo]. Recuperado de: <https://www.expansion.com/economia-digital/innovacion/2021/02/10/6022c89de5fdea59448b459b.html>
- Kouzy, R., Abi Jaoude, J., Kraitem, A., et al. (13 de marzo de 2020) Coronavirus Goes Viral: Quantifying the COVID-19 Misinformation Epidemic on Twitter. *Cureus* 12(3): e7255. doi:10.7759/cureus.7255 Recuperado de: <https://www.cureus.com/articles/28976-coronavirus-goes-viral-quantifying-the-covid-19-misinformation-epidemic-on-twitter>
- Mejía, C., Rodríguez, J., Franco, G., Lizet, E., Moreno, A, Huaytán, K., Huancahuari, H., Nory, J., & Otros. (01 de junio de 2020). Percepción de miedo o exageración que transmiten los medios de comunicación en la población peruana durante la pandemia de la COVID-19. *Revista Cubana de Investigaciones Biomédicas*, 39(2), e698. Recuperado en 07 de junio de 2021, de http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-03002020000200001
- Narváez, D., Yépes, J., (2020) Tiempos de pandemia y el papel de la familia en la educación. *Revista Huellas* 13, Departamento de Estudios Pedagógicos, Universidad de Nariño. Recuperado de: <https://revistas.udenar.edu.co/index.php/rhuellas/article/view/6304/7094>
- ONUHabitat (1998). Distinciones entre lo rural y lo urbano [Artículo]. Recuperado de: <https://onuhabitat.org.mx/index.php/distinciones-entre-lo-rural-y-lo-urbano>

- Ramírez J, Castro D, Lerma C, Yela F, Escobar F (7 de abril de 2021) Consecuencias de la pandemia Covid 19 en la salud mental asociadas al aislamiento social. SciELO. doi.org/10.5554/22562087.e930 Recuperado de: <https://preprints.scielo.org/index.php/scielo/preprint/view/303/358>
- Ricoeur, Paul, (2004), La memoria, la historia y el olvido, Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- Salaverría, R., Buslón, N., López-Pan, F., León, B., López-Goñi, I., Erviti, M., (2020). “Desinformación en tiempos de pandemia: tipología de los bulos sobre la Covid-19”. El profesional de la información, v. 29, n. 3, e290315. doi.org/10.3145/epi.2020.may.15 Recuperado de: <http://profesionaldelainformacion.com/contenidos/2020/may/salaverria-buslon-lopez-leon-lopez-erviti.pdf>
- UNICEF (abril de 2020). Encuesta de Percepción y Actitudes de la Población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana. Argentina. Recuperado de: <https://www.unicef.org/argentina/media/8646/file/tapa.pdf>
- Universidad San Francisco de Quito (11 de mayo de 2020), Las redes sociales en tiempos de Covid 19 [Artículo]. Recuperado de: <https://noticias.usfq.edu.ec/2020/05/las-redes-sociales-en-tiempos-de-covid19.html>